

# EN RITUAL CON COCA SE FUSIONAN ETNIAS EN LETICIA

Por **Guillermo Reinoso Rodríguez**

*El Tiempo*

Fotografías del autor

**LOS ESPERAN UN ABUELO**, la máxima autoridad en sus comunidades, y al menos seis amigos, entre ellos varios jóvenes. Llegan a Leticia en el Amazonas procedentes de diferentes regiones. Son de Caquetá, Vaupés, Putumayo, incluso de Bogotá. Algunos están de paso.

Armando es un bora de 54 años que abandonó hace doce su finca en Puerto Arica (Putumayo). Huyó de allí luego de que la guerrilla de las Farc reclutara a su hijo mayor. “Oswaldo debió cumplir 31 años el 18 de julio, si es que está vivo”, dice.

Vive de rozar y quemar lotes por contrato, de cuidar fincas y de ayudar en obras de construcción, y comparte hace un año con otras familias una maloca que, pese a estar cerca del centro de Leticia, no tiene agua, ni luz ni alcantarillado. “A veces solo comemos arroz”, asegura este desplazado.

Elvano, de 43 años, un miraña –grupo nómada en riesgo de desaparecer– nacido en La Pedrera (Amazonas), fue campeón nacional de canotaje durante un lustro, logro que obtuvo con la selección de Bogotá. Casado con la hija de un cacique muinane –también en riesgo de extinción– que conoció en la capital y profesor bilingüe en Araracuara (Caquetá), decidió trasladarse hace cuatro años a Leticia, en busca de oportunidades de trabajo y de estudio para sus cuatro hijos. Hoy, este licenciado en educación física entrena a niños y jóvenes.

Charli, hijo de un inga peruano y de una ticuna brasilera, creció con la cultura del yagé, una planta utilizada en rituales de sanación. Desde los 12 años –hoy tiene 33– vive en el kilómetro siete de la frustrada carretera Leticia-Tarapacá, que solo cuenta

con diecinueve kilómetros pavimentados de los 175 contratados hace más de tres décadas.

Llegó a la zona como jornalero y por mucho tiempo se sintió un extraño. En Leticia viven cinco inganos y sus tradiciones son muy diferentes a la mayoría de pueblos allí asentados. “Yo comía fariña, chicha, mojoy y masato; y ellos, ají negro, caguana, yico y tamal de yuca”, recuerda.

Pero todo cambió cuando pidió la mano de una huitoto –etnia que junto con los ticunas son las predominantes– y se sometió a las reglas de esa comunidad. “Mi mamá dice que no soy inga ni ticuna”, afirma Charli.

A pesar de sus diferentes orígenes, lenguas y algunas tradiciones, estos tres indígenas tienen en común que cada uno creó su mambeadero. Los une también el castellano, su segunda lengua.

## UNA PLANTA SAGRADA

Aunque en Colombia los cultivos de la “mata que mata” –como un comercial de televisión calificó la hoja de coca utilizada para producir alcaloide– son destruidos y sus propietarios, perseguidos, los pueblos indígenas de la Amazonia la consideran sagrada y la mayoría la siembra para mantener la tradición del mambeo, como también llaman a la coca molida y el ritual.

Al trapezoido amazónico se llega después de viajar casi dos horas en avión desde Bogotá a Leticia, donde solo un puesto de control de velocidad separa a Colombia de Brasil, y el río Amazonas, del Perú.

En la región, cualquiera tiene matas de coca en sus casas, entre plátano, yuca, piña, lulo... Si no, encargan la hoja a algún paisano (así se llaman entre ellos). Las matas apenas son suficientes para garantizar el mambeo diario. En todo caso, el kilo cuesta 10.000 pesos, y si ya está preparada, 20.000.

Armando explica que la coca es una de las tres plantas que les entregó el creador y representa a la mujer. Elvano asegura que es portadora de sabiduría y poder. El inga, por su parte, destaca que les otorga capacidad para hablar. La segunda planta sagrada es el tabaco y simboliza al hombre. La tercera es la yuca dulce.

A la hoja de la coca los indígenas le atribuyen también poderes medicinales (alivia el dolor). Con el mambeo se adormece la boca, incluso los labios, y se quita el hambre. “Da tranquilidad, no hay preocupación, no hay nada”, insiste Elvano.

Esta ceremonia es propia de los siete pueblos que se hacen llamar “gente de centro”, con lo que se refieren a que su territorio ancestral se encuentra entre los ríos Caquetá y Putumayo (muy lejos de Leticia). El ritual se ha transmitido a otras culturas, como la ticuna, la inga y la casi extinta cocama. En él se utiliza también una crema amarga y salada –a base de tabaco y pulpa de totumo– llamada ambil.

“Los nietos del Yurupary, en cambio, usan el tabaco en polvo [para aspirar] y en castellano lo llaman rapé”, dice Elvano, quien de esta manera se refiere a los pueblos (yucuna, matapí, letuama, tanimuka, entre otros) que proceden de los límites entre

Vaupés y Amazonas.

## ASIENTO DE LA SABIDURÍA

Los tres nativos ya llegaron a sus casas y tras ellos van apareciendo paisanos: boras, muinanes, mirañas, ticunas, huitotos, cocamas... Se les ve muy tranquilos. Están en sandalias o tenis, jeans y camisetas o con las camisas desabrochadas.

En sus mochilas colgadas al hombro llevan un tarro con ambil y uno con mambe. Otros cargan un pequeño frasco con rapé y paquetes de cigarrillos Pielroja, las de la imagen de un indio con una corona de plumas. Esos chicotes sin filtro son los que más se venden en Leticia, a 2000 pesos la cajetilla.

A la entrada del mambeadero hay una caneca con caguana –bebida hecha con fécula de yuca, sumo de piña y panela– o simplemente con refresco que compran en la tienda. Todos toman en la misma totuma. Un montón de hojas también aguarda. A fuego lento se calienta una sartén, muy parecida a una paellera, en la que se seca la coca. “Ninguna se puede quemar”, advierte Charli, mientras vacía las hojas tostadas en un pilón y luego las mezcla con ceniza de hojas de yarumo.

Entre molida y molida, estos indígenas le van dando el punto ideal al polvo verde. Entre tanto, el más anciano de los abuelos espera sentado en su trono, que es un pequeño banco de madera y que solo él puede ocupar. Lo propio hace el anfitrión, el dueño de casa, quien también tiene su sitio. Él asigna los demás puestos.

Para ese momento, cada uno de los asistentes ha rotado de mano en mano su ambil o su rapé. Es el saludo formal. Algunos han fumado el primer Pielroja y otros mantienen una postura de meditación. El médico tradicional respira muy rápido: está entrando en trance.

El ritual lo inicia el abuelo, quien da la bienvenida e indica el tema. Suele expresarse mediante metáforas y se toma el tiempo que crea necesario. Solo hace pausa cuando estira el brazo para coger la cuchara que hay dentro de una totuma ubicada en el centro del recinto y tragar polvo de coca. Mastica y va hablando. Se hace difícil entender su mensaje, aunque no falta el que asiente con la cabeza, como si entendiera todo.

“Estoy en el asiento de sabiduría. Este asiento se conecta con el dueño de nosotros, de la tierra, él baja sobre mí”, se le alcanza a escuchar al cacique muinane Arturo Rodríguez, quien está descalzo y solo viste una pantaloneta.

Este abuelo de 72 años lleva como amuleto un colmillo de caimán colgado del cuello. Regresó hace tres meses de Bogotá porque no ha logrado que su EPS –entidad prestadora del servicio de medicina alopática– lo atienda sin objeción, porque aparece como usuario en otra región. El anciano caqueteño dejó instalado un mambeadero en el sector de Galerías en la capital colombiana, donde los miércoles a partir de las cuatro de la tarde se realizan tertulias.

“El mambeo no es solo para llenar el cachete; también es para sanar”, agrega para

recordar que el ritual es utilizado además para curar enfermedades. Más adelante se refiere a la muerte de su abuelo, a manos de blancos en la época de la cauchería, a quien le prendieron fuego porque mambeaba.

Un sonoro ¡huuumm! se escucha en el recinto, una vez concluye la intervención, en señal de aprobación. Entre reflexiones, alguna pregunta, más cucharadas del polvo verde a la boca y nuevos ¡huuumm!, transcurre el ritual, que se puede prolongar por cuatro, cinco o más horas.

A varios kilómetros de allí, en el sector de la carretera, también durante el ritual, otro cacique muinane, Octavio García, defiende con vehemencia la coca y culpa a los “hermanos menores” (los blancos) de las tragedias que ha generado esta planta. “Quien viola la tradición se destruye a sí mismo”, dice sin vacilaciones.

García, de 73 años y quien detrás de su trono exhibe la piel de un jaguar, es sabio cultural y étnico, título que le concedió la Gobernación de Amazonas. En 1991 fue declarado en Cartagena como mejor cuentero.

En un español poco comprensible, el taita Antonio Cayetano, el abuelo mayor de los pueblos indígenas de la carretera y más conocido como Diablo, expresa su preocupación sobre un tema que inquieta a las autoridades en Leticia: el habitual mambeo de residentes y turistas en bares y discotecas.

“Eso no es cultura. Pobres, no saben dónde están parados”, dice este exgrumete de la Marina y exagricultor de 75 años, que acusa a los forasteros de sacar el polvo verde de las malocas a la calle y mezclarlo con licor.

Él vendió la finca, las reses, las gallinas y los cerdos que tenía en Puerto Leguizamo (Putumayo) para radicarse en Leticia, donde sus siete hijos estudiaron, pero luego migraron. Varios de ellos viven en el extranjero y ninguno –asegura– sigue las tradiciones de los huitotos. “Así es el destino: mi dios da, mi dios quita”, afirma este chamán.

En el ritual con la coca no hay temas vedados. En él también se proyecta el trabajo del día siguiente y se resuelven conflictos. Algo así ocurrió cuando le inventaron al abuelo muinane Aniceto Negedeka, de 70 años, que había llegado del Araracuara expulsado porque atacó a otro con machete. En un mambeadero oscuro y hecho de palma, como en el que está sentado, tuvo al paisano que puso a correr el rumor. “Eso se resolvió; era un chisme”, recuerda el cacique, ornitólogo y autor de una docena de cartillas.

## INTEGRACIÓN EN UN TERRITORIO

El mambeo ha servido para que las nuevas generaciones conozcan de sus ancianos cómo fueron aquellos tiempos –comienzos del siglo pasado– cuando, por culpa del régimen de terror impuesto por la Casa Arana durante la bonanza del caucho, miles de nativos fueron esclavizados y llevados lejos de sus territorios. “Muchos fueron asesinados o murieron de hambre”, dice durante una sesión Gilberto López, un huitoto nacido en Leticia.

Este abuelo, que frecuenta los mambaderos de Armando y Elvano, agrega que el destierro continuó tres décadas después con la guerra entre Colombia y Perú. Pueblos enteros abandonaron sus territorios y caminaron errantes por la selva.

En los años cincuenta siguió el desplazamiento con la colonización auspiciada desde el centro del país y acompañada por la Iglesia. “Mientras traían blancos de otras regiones, las hermanas vicentinas recogían ticunas y los ubicaban en el kilómetro seis [de la carretera]”, agrega. Luego lo hicieron con huitotos, mirañas y boras, cinco kilómetros más abajo. Después llegó el tráfico de pieles, de oro, de madera y, desde los ochenta, de cocaína.

“Varias generaciones sufrieron el desplazamiento físico y cultural”, asegura Saúl Gabba, secretario general de la Asociación para el Plan Salvaguarda de los pueblos indígenas de Leticia. Por eso este curaca (gobernador de resguardo) dice que se necesitan “cien años o más para recuperar lo intangible” que se perdió en más de un siglo. “Eso no se logra en un año, como quiso la Corte Constitucional en el auto 004 de 2009”. Ese tribunal ordenó crear, en este plazo, las condiciones para la autonomía y la autodeterminación de los pueblos indígenas.

El caso es que en el intento por retornar a sus zonas de origen y reencontrarse con sus tradiciones y familiares perdidos, muchos se han ido desplazando a la selva. En ese camino han arribado a Leticia y a la llamada carretera. Una zona alguna vez dominada por los desaparecidos omaguas (pueblo guerrero, primero en habitar las riberas del río Amazonas) y luego ocupada por los ticunas y los huitotos, y en los últimos tiempos por familias de catorce etnias más. Todos ocupan el mismo territorio, algo que antes era impensable.

Un poco más allá de la vía, a casi un día a pie, se encuentran los israelitas, secta conformada por peruanos que a principios de los años noventa migraron hacia el Amazonas en busca de la tierra prometida. Los hombres visten túnicas y las mujeres, largas faldas y se cubren la cabeza con un velo. En el trapecio también hay presencia desde los años setenta del movimiento mesiánico de los crucistas. Sus seguidores son ticunas y mestizos, y se identifican porque llevan, pendiendo de un cordón delgado, una cruz en el pecho.

En ese tránsito por Leticia, muchos encontraron mejores oportunidades y decidieron quedarse. Ellos son los padres de los profesionales de hoy, que han escalado en el entorno social del blanco. Hace un tiempo los indígenas “eran discriminados y vistos como atrasados, pero ahora son funcionarios, docentes, policías y políticos”, insisten el ticuna y lingüista Abel Santos y el profesor de historia Ángel Wilfredo Tanimuka.

Esos “círculos de palabra”, como los jóvenes nativos llaman los mambaderos, han sido vitales para ese “reconocimiento” y “cohesión” entre etnias que ya pocas cosas diferencian.

Pero el antropólogo cocama Carlos Álvaro Lozano –uno de los que conforman esa explosión de jóvenes profesionales y que por su fisonomía podría pasar por blanco– considera que por no vivir en una maloca ni usar guayuco, o tener celular o computador, no puede asegurarse que hayan olvidado las tradiciones y dejado de ser indígenas. “Por el contrario, es una forma de supervivencia”, reitera Lozano, quien destaca precisamente que en el rito de la coca molida se “conectan” con sus

raíces.

También en esos “sentaderos” (mambeaderos), de los que se cuentan cuatro en la ciudad y un sinnúmero en la carretera, al lado de las enseñanzas de los abuelos se empezó a hablar de la organización de los pueblos indígenas. En esos espacios, ancianos, líderes naturales como Armando Yacob y Charli Ipuchima, y profesionales como Elvano Miraña han acordado temas comunes.

Cuentan que crearon un cabildo urbano que representa a familias de dieciséis etnias y que su territorio es la maloca cerca del centro. Como este organismo hay un centenar en el país, y de ser aprobada esa figura por el Estado, les daría acceso a transferencias y los indígenas de las ciudades –como el caso de Leticia– tendrían las mismas garantías que en los resguardos.

Pero lo que más valoran los nativos del trapezio amazónico es que ese intento por lograr reivindicaciones –proceso que apenas lleva dos años pero que les ha demandado cientos de kilos de polvo verde–, los ha llevado a reconocerse como uno solo. “Aunque somos un territorio multiétnico y multilingüístico”, asegura Armando, “ya pensamos como un único pueblo”.